

apenas hemos podido bosquejar de un modo informe, en una lengua que no es la nuestra, pero que hemos preferido en este trabajo, para dar á la Francia nueva prueba de nuestra antigua simpatía.

Desde la época de trasformacion tan venturosa, recobrando esta filosofía cristiana el lugar que le toca, el papel que le conviene en el órden científico de los pueblos cristianos, cristianizará, santificará este órden, profanado hace tanto tiempo, y lo preservará de su ruina y corrupcion; pues solo es lícito al elemento religioso y á todo lo que á él se refiere, santificarlo y conservarlo todo. Así cesará, lisonjémonos de ello, ese divorcio funesto entre la ciencia y la religion, que amenazó comprometerlas y perderlas á ambas. Así la religion, agradecida á la ciencia por el nuevo concurso que le habrá prestado, y la ciencia, agradecida á la religion, por la nueva luz que de ella habrá recibido, cobrarán nuevo amor una por otra, y formarán nueva alianza; mientras que el hombre, enriquecido con la ciencia divina, despues de haber explicado el mismo pensamiento de Dios, vendrá á deponer á sus pies sus trabajos, sus descubrimientos y sus progresos como un homenaje de reconocimiento, como una confesion: QUE TODA CIENCIA VERDADERA VIENE DE DIOS, Y A DIOS DEBE REGESAR: *Deus scientiarum Dominus est; ipsi preparantur cogitationes.* (I. Reg., c. 2.)

Tal vez nos ilusionamos en demasia al emitir tales preságios, al concebir tales esperanzas. Tal vez no sea notada esta pobre publicacion en medio de las luchas estrepitosas que agitan, en la actualidad, los intereses materiales y todas las pasiones. Tal vez las doctrinas que esta obra contiene no las juzguen los hombres acreedoras al honor de la discusion. Tal vez promuevan apenas un ligero ruido seguido pronto del olvido silencioso. Mas no importa: estas doctrinas, derivadas principalmente de Santo Tomás, sin añadir casi nada de nuestro propio fondo, no son menos las doctrinas luminosas que ha profesado la Iglesia durante seis siglos; y nunca perecen enteramente, ni permanecen estériles los gérmenes de verdad en medio de los hombres; y si no fructifican en un tiempo fructifican en un otro.

Pero, aunque no pasase de un sueño este pensamiento, el Dios que penetra en el fondo de los corazones y discierne todas sus intenciones, se dignará mirarnos con ojo de misericordia por habernos propuesto sinceramente en este escrito, como en todos nuestros trabajos, su mayor gloria, la propagacion de su religion, y la verdadera dicha de la humanidad.

## CONFERENCIAS

SOBRE LA

# RAZON FILOSOFICA

Y LA

## RAZON CATOLICA.

### UNDÉCIMA CONFERENCIA.

IMPORTANCIA DEL DOGMA DE LA CREACION, PROCEDENTE DE LOS EXTRAVIOS DE LA RAZON FILOSOFICA MODERNA.

*Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurget, credent: Si no creen en el testimonio de Moisés y de los profetas, tampoco creerán en el testimonio de los muertos resucitados.*

(Evang. del segundo jueves de Pascua.)

1. Por estas graves y profundas palabras que pone el Hijo de Dios en boca de Abraham, cuando, desde las alturas celestiales, se dirige el patriarca al mal rico precipitado en lo mas hondo del infierno, nos revela el Salvador una verdad tan grande como importante.

Y es que es tan natural, tan necesario al hombre el someterse á la autoridad, unirse á su yugo, y por ella vivir, que si tiene la desgracia y la temeridad de negar sumision á la razon de la autoridad, acabará por sacudir tambien la autoridad de la razon; y, cesando de creer en el testimonio ajeno, llegará á no creer en el testimonio de sus propios sentidos, en



su propio testimonio : *Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si qui ex mortuis resurget, credent* (1).

Esta proposición puede parecer, á primera vista, una paradoja; y, sin embargo, nada es mas lógico y racional que esta doctrina, particularmente cuando se trata de la autoridad de la verdadera religion. Su testimonio es tan grande, tan sólido, tan uniforme, tan imponente, tan magnífico, tan luminoso, que el hombre que lo niega, no puede menos de caer en la contradicción y en la inconsecuencia, y hallarse reducido á no admitir testimonio alguno, por imponentes que parezcan su testimonio y fidelidad.

Ahí teneis la razon que os explica, hermanos míos, porque el *protestantismo* verdadero, que consiste en no someterse á autoridad alguna en materia de religion, ha degenerado, en nuestros dias, en *racionalismo*, sistema cuyo atributo esencial es no admitir ninguna razon.

Y tal es tambien la historia del espíritu humano relativa-

(1) No deja de ser importante el recordar aquí la circunstancia á que dió lugar esta aterrante respuesta del patriarca Abraham. Desde el fondo del abismo en que se hallaba sepultado, *Sepultus est in inferno*; en medio de los tormentos que lo rodeaban, *Cum esset in tormentis*; sin esperanza alguna en sus angustias y dolores, habia dicho el mal rico al patriarca Abraham : « Padre mio, os ruego que á lo menos enviéis á Lázaro á mi casa paterna, en la cual tengo aun tres hermanos vivos; encargadle que digan donde estoy y lo que sufro, para que, mas cuerdos que yo, se conviertan mientras tienen aun tiempo, y no tengan la desgracia de unirse mas tarde conmigo en este lugar de tormentos : *Rogo te, pater, ut mittas Lazarum in domum patris mei; habeo enim quinque fratres, ut testetur illis ne et ipsi veniant in hunc locum tormentorum.* » Y, como le respondiese Abraham : No, no es necesario enviar á Lázaro para que aprendan tus hermanos que una mala vida en el tiempo es castigada por suplicios severos en la eternidad. En sus manos tienen á Moisés y los profetas; por este medio pueden, si son dóciles, creer en esta gran verdad : *Et ait illi Abraham : Habent Moysen et prophetas, audient illos.* — Pero, padre Abraham, volvió á insistir el mal rico, no es lo mismo leer un libro que oír á un muerto resucitado que habla de las penas del infierno. ¡ Ah! si el mismo Lázaro fuese en busca de mis hermanos y les dijese de qué modo estoy castigado yo de mis pecados, no hay duda que barían penitencia de los suyos. *Non, pater Abraham; sed si quis ex mortuis ierit ad eos, penitentiam agent.* « Y entonces redujo Abraham al silencio al mal rico con estas palabras : Te engañas, hijo mio; si tus hermanos no son suficientemente dóciles para creer en los divinos oráculos trazados en los libros de Moisés y los profetas, tampoco creerán en el testimonio de los muertos resucitados : *Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurget credent.*

Tal es el admirable designio de Dios con respecto al dogma importante del castigo de los malos en la otra vida. A menudo se oye repetir á ciertas personas : « Nadie ha vuelto del otro mundo para decirnos lo que en él pasa. »

mente al dogma de la creacion. Desde que la razon filosófica repudió, con respeto á este dogma, la autoridad de la revelación divina, repudió igualmente todos los razonamientos humanos; y acabó por negarlo todo, negarse á sí misma, y caer en el abismo de la duda universal y del escepticismo absoluto.

Tal es lo que hemos visto en nuestra última conferencia, con la historia de la razon filosófica antigua en la mano; y tal es lo que continuaremos viendo en el dia de hoy, siguiendo en sus diferentes fases la razon filosófica moderna, para penetrarnos cada vez mas del dogma capital de la creacion en particular, y en general de todos los dogmas divinos enseñados por la Iglesia; afin de convencernos cada vez mas de la verdad de este gran oráculo del Evangelio : que, al desconocer la autoridad de la Iglesia, se halla el hombre arrastrado á desconocer, á negar toda otra autoridad cualquiera, á no creer en nada : *Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurget, credent.*

Así, según esas sólidas inteligencias, debería Dios hacer depender la creencia en el dogma de la existencia del infierno, del testimonio de muertos aparecidos, que, admitidos en un tiempo y en un lugar, hubieran podido ser olvidados y desconocidos, ó negados, ó llegados á ser objeto de burla en otro tiempo y en otro lugar: á menos que Dios no tomase otro partido, como el de cambiar este mundo en linterna mágica, que, en todos tiempos y lugares repitiese estas apariciones de difuntos; y todo esto para la edificación de los filósofos y recreo de los incrédulos, los cuales; especialmente en nuestros dias, no hubieran dejado de atribuir semejantes prodigios al sonambulismo. En lugar de esto, desde el origen del mundo, Dios ha revelado, juntamente con los demás, el dogma de las penas del infierno, que contiene la sanción de la moral, y constituye uno de esos artículos de creencia constantes y universales de la humanidad, que, esparcidos en el mundo por el lenguaje y la tradición, pueden ser alterados y corrompidos, si bien jamás destruidos; pues la Providencia lo ha mantenido siempre á pesar de los esfuerzos de la incredulidad y de las pasiones, para que nunca puedan ser borrados del espíritu y corazón del hombre. A esta revelación *verbal*, quiso esta misma Providencia hacer suceder la revelación *escrita* de los mismos dogmas, por el órgano de los escritores sagrados que ella misma habia inspirado; cuyo depósito confió á una sociedad encargada de custodiarlo en toda su pureza, primeramente en la sinagoga y despues en la Iglesia; en términos que no son necesarios largos estudios y laboriosas indagaciones, sino que basta un poco de humildad, un poco de docilidad al imponente testimonio de la Iglesia. Y, como por este medio se cree fácil y firmemente á todo lo que es necesario creer del mismo modo, fuera de este medio, todo otro testimonio carece de fuerza, carece de eficacia, y acaba el hombre por no creer en nada : *Si Moysen et prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurget, credent.*



Imploremos la luz superior, por la intercesion de María, para sacar provecho de esta preciosa leccion. *Ave María*

### PRIMERA PARTE.

Uno de los hechos mas sorprendentes, mas maravillosos de la historia de los primeros siglos del cristianismo, y que no acertaba á explicar ni el paganismo atónito, ni la razon filosófica consternada, contentándose con combatirlo sin poderlo negar, es, seguramente, el hecho que ofrecian los cristianos, no solamente practicando toda virtud en medio de la relajacion causada por todos los vicios de la idolatría, sino poseyendo toda verdad en medio del caos de todos los errores de la filosofía.

Pero el Aguila de los evangelistas, el discípulo bien amado, el apóstol San Juan habia explicado de antemano este doble prodigio con estas palabras: « El Verbo divino se hizo hombre y habitó con el hombre, lleno de gracia y verdad: *« Verbum caro factum est, et habitavit in nobis... plenum gratiae et veritatis* (Joan., 1). » Pues equivalia esto á decirnos que, como la semilla divina de la *gracia del Verbo* depuesta en el seno de la humanidad, hizo fructificar, en medio de los hombres, toda virtud y toda gracia, del mismo modo, de la semilla divina de la *verdad del Verbo*, espareida en la tierra, salió de esta tierra, así como predicho estaba, toda luz y toda verdad: *Veritas de terra orta est* (Psal. 84). Así, dice San Agustin, este Verbo divino que, desde el principio del mundo, habia alumbrado todo hombre que viene en este mundo, restableció la autoridad de su revelacion primitiva, de su verdad divina, en las ruinas hacinadas por la razon humana, y, como el hombre se habia perdido por exceso del orgullo de la razon, lo salvó por el gran remedio de la fe: *Magno fidei remedio*.

Pero todos los nuevos convertidos no tuvieron la misma fuerza de espíritu, la misma grandeza de alma, y sobre todo la misma rectitud, la misma docilidad de corazon necesaria para creer. Al entrar corporalmente en el seno de la Iglesia, muchos de ellos continuaron morando, por el espíritu, en el Pórtico y en la Aca-

demia, fuera de la Iglesia. Al abrazar el cristianismo, no practicaron el precepto de San Pablo de renunciar completamente á los sistemas de la antigua filosofía. Al llegar á ser discípulos de JESUCRISTO, no cesaron de ser discípulos de Platon. Estableciendo su punto de partida en el principio de este filósofo: *Que la razon sola debe admitir como verdadero lo que lo parece verdadero á la razon*; en lugar de temer la nueva revelacion por base y regla de la razon, continuaron haciendo de la razon la base y regla de la nueva revelacion; de modo que la pretendida *razon católica* de estos nuevos cristianos, no fue en el fondo mas que la razon filosófica de los antiguos filósofos, emigrando del terreno primitivo de la revelacion conservado por la humanidad, al terreno de la revelacion cristiana depuesta en la Iglesia y guardada por esta misma Iglesia.

Tal fue la verdadera causa de las herejías que, desde los primeros tiempos, despedazaron el seno de la Iglesia, y la infaliblemente hubieran aniquilado en su cuna, si la obra de Dios hubiere podido perecer á manos del hombre. El gran Tertuliano, ese profundo observador de la marcha del espíritu humano en la primera edad del cristianismo, observa esta verdad con frecuencia. Ora nos dice que toda herejía reconoce su principio y raiz en los falaces sistemas de la antigua filosofía: *Omnes haereses a philosophia subornantur* (*De praescription.*, n. 7); ora añade que el genio de los antiguos filósofos es el que inspira y anima todas las herejías: *Sapientiae professores quorum ingenii omnis haeresis animatur* (*De anima*); ora, tomando á Platon cuerpo á cuerpo, no titubea en proclamarlo patriarca de todos los herejes: *Patriarcham omnium haereticum* (*Contr. Hermog.*, c. 1).

Esta funesta filiacion entre toda herejía y el método de los antiguos filósofos, señalada por los primeros Padres de la Iglesia, resalta particularmente en lo tocante al dogma de la creacion. Esta fe, lazo y fundamento de toda fe, los apóstoles, como ya lo hemos observado en nuestra última conferencia, la habian consignado en el primer artículo del símbolo redactado bajo la inspiracion del Espíritu Santo, y cuyas primeras palabras son las siguientes: « Creo en Dios, padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra: *Credo in Deum, patrem Omnipotentem, creatorem caeli et terrae.* » Pero la razon filosó-



fica de los primeros herejes, en vez de buscar, en el foco de la fe, la luz sobre el origen del mundo, quiso encontrar en sí misma, la luz para explicarse esta fe, lo que equivalía á dudar de esta fe, renegarla y volver á las hipótesis, á las conjeturas, á los sueños del hombre sobre el origen de las cosas, prescindiendo de la palabra y la verdad de Dios.

3. Ya hemos visto que, fuera del dogma tradicional, del dogma cristiano, *que Dios todo lo crió de la nada, el mundo y la materia de que consta el mundo*, no hay mas que tres sistemas imaginables: 1º que Dios formó el mundo de una materia no criada, tan eterna como él mismo, y tenemos el DUALISMO; ó 2º que Dios crió el mundo de su propia sustancia, y resulta el PANTEISMO; ó bien 3º que en nada entra Dios en la existencia del mundo, y tal es el ATEISMO. Igualmente hemos visto que, desde el mero hecho que abandona la fe en la creación, solo toca á la razón humana escoger uno ú otro de estos tres vastos sistemas de errores, los cuales en sí contienen todo error, sistemas á que se vió reducida la razón filosófica antigua, por haberse negado á admitir la fe de la humanidad entera en un Dios criador del mundo.

Ahora bien, por haber desechado esta misma fe presentada por la Iglesia, ó, en otros términos, por haber partido del mismo principio negativo, llegó á las mismas conclusiones la *razón católica* de los primeros herejes.

Para la razón católica, alumbrada por la revelación, era Dios el ser eterno, infinito, infinitamente sabio, omnipotente, soberano Señor de todo lo existente; ser infinitamente santo, bueno, misericordioso y perfecto; principio de todo, si bien sin principio; criador, pródigo, legislador, dueño y juez supremo del universo. Pero, para la razón filosófica de los herejes, que habían abandonado la fe de la creación, estas ideas nobles, sólidas, grandiosas, magníficas, elevadas, las solas verdaderas, las solas dignas y propias de Dios, desaparecieron una despues de otra, y por último, desapareció el mismo Dios.

En el concepto de los Hermógenes y de los Maniquéos, Dios había criado el mundo de una materia preexistente de toda eternidad, de una materia mala en sí y origen de todo mal, pero que Dios volvió buena, en cierto modo, como siendo este mismo Dios el manantial de todo bien: y tal es el DUALISMO.

Segun los Marcionitas, el mundo era una emanación, un derrame, un ensanche, una irradiación de la causa primera, de la Naturaleza infinita; doctrina que se llama PANTEISMO.

Los Valentianos y los Gnósticos opinaban que Dios es un ser que nada puede, que nada sabe, que ni aun siquiera tiene conciencia de sus operaciones, ni de sí mismo; un ser que no es ni bueno ni malo, que, léjos de haber criado al mundo, ni aun siquiera le ha dado forma y regularidad, y, que por consiguiente, ni lo gobierna, ni puede gobernarlo, pues no puede gobernar lo que no hizo, lo que no le pertenece. Dios es un ser que, concentrado en sí mismo, de nada se cuida, en nada se mezcla, de nada se ocupa, sobre todo en lo tocante á los hombres y sus operaciones, no habiendo revelado ni mandado cosa alguna, pues, así como el mundo, el hombre existe por sí mismo. En una palabra, el Dios de estos sectarios, el Pleroma, el Biton de los Gnósticos, del misticismo filosófico de los primeros siglos cristianos, no pasaba, como lo observa justamente Tertuliano del Dios de Epicuro, el cual no era un Dios: *Deum qualem jussit Epicurus (Contra Heremog.)*; y ahí tenemos el ATEISMO.

4. Todo error nuevo, que fomenta la petulancia agresiva y la perversidad de los herejes, favorece, segun San Agustin, el incremento de la verdad y contribuye á afianzarla; *Improbatio hereticorum ostendit quid habeat sana doctrina*. Así, esos horriblos desatinos, esas monstruosidades de la razón filosófica, en los primeros siglos del cristianismo, excitaron la razón católica, y la indujeron, como observa igualmente San Agustin, á estudiar profundamente y defender el dogma cristiano (1). En efecto las necias blasfemias de los herejes contra la fe en la creación nos valieron los trabajos por los cuales los Justinos, los Atenágoras, los Tertulianos, los Orígenes, los Minucios Felix, los Arnobios, los Lactancios, los Teófilos de Antioquía, los Ireneos, los Máximos, los Dionisios de Alejandría, los Teodoretos, los Eusebios, los Agustines, esos varones superiores, esos genios, esas antorchas del cristianismo, tan grandes por

(1) «Vasa iræ permittuntur ista garrere, ut tamquam de negligentie somno excitentur vasa misericordie, et, studio respondendi pestilentibus maledictis, adhibeant curam salubribus dictis. (Contr. advers. Ieg. et Prophet., 14.)



la simplicidad de su fe como por la inmensidad de su ciencia, tan profundos filósofos como humildes cristianos, después de haber penetrado, desarrollado y rodeado de nuevo fulgor esta misma fe de la creación, atacaron vigorosamente todos los errores desencadenados contra ella, los aniquilaron, los pulverizaron, los anonadaron, y los barrieron, por decirlo así, de la superficie del mundo; en términos que, por espacio de doce siglos, no vemos alusión á tan descomunales desbarros.

Los filósofos escolásticos, á cuya cabeza figura Santo Tomas, al dar nueva forma á los antiguos argumentos empleados por los Padres, y al crear otros nuevos, continuaron, es verdad, demostrando y defendiendo el dogma de la creación; pero era á causa de los gentiles, de los infieles, de los Moros, que, después de haber invadido la mitad de la Europa, se lisonjaban sujetarla á los errores de su doctrina, no menos que al despotismo de su dominación; y no á causa de los cristianos, cuyos sabios, preescindiendo de algunas escasas excepciones que no inspiraban inquietud mayor, guardaban con unanimidad admirable y con fe perfecta, el dogma de la creación, como fundamento de la ciencia y de la religión.

En la época para siempre funesta de lo denominado el *Renacimiento de las letras*, y á que mejor convendría el título de: *Renacimiento del paganismo* en Europa, fue cuando los tres sistemas filosóficos contra la fe de la creación, brotando del sepulcro de execración y olvido en que los había encerrado la razón católica, reaparecieron á fuer de espectros, y comenzaron de nuevo á espantar y desolar las naciones cristianas, como habían, en otro tiempo, asolado, corrompido, embrutecido y destruido las naciones paganas.

Entonces fue cuando, mediante circunstancias aciagas cuya historia os he trazado el año pasado, por medio de engañosos é indignos artimañas, el espíritu pagano, penetrando por doquier, todo comenzó á invadirlo y á mancillarlo. Bocacio y Angel Policiano lo habían restaurado en la literatura, Buonarroti en las artes, Maquiavelo en la política, Marsilio Ficino en la filosofía, mientras que Lutero y Calvino lo restauraban en la religión, negando la necesidad de toda autoridad, estableciendo el derecho del libre exámen y la licencia de la razón, como único criterio y base del cristianismo.

Tal fue la señal de la división: en favor de este principio, formáronse en el mundo moderno, en que fue proclamado, tantas sectas religiosas, como sectas filosóficas se había visto, en el antiguo mundo, formarse, mediante el mismo principio. Con la azada en la mano, empezó la razón su obra de destrucción. Todos los dogmas cristianos cayeron sucesivamente bajo sus golpes, y antes que los demás, el dogma de la creación, para ser reemplazado por los tres horribles sistemas que había soñado la razón filosófica antigua para explicar el origen del mundo y la formación de los seres. Tolland renovó el *dualismo* ó el *maniqueismo*, Spinoza el *panteísmo*, Hobbes el *ateísmo*, Bayle el *escepticismo*; y todo esto tuvo lugar en países protestantes, para que no cupiese duda que estas doctrinas eran vástagos impuros de la funesta planta del protestantismo cuyas raíces son paganas; y para que constase que de su savia se nutrian y á su sombra medraban.

En los países católicos, por razones que no es difícil adivinar, no fueron propalados estos errores con la insolencia y desfachatez con que se anunciaron en las comarcas protestantes; pero, no por eso, dejaron de ser esparcidas las semillas importadas de Inglaterra ó Alemania, las cuales, si bien tardaron mas en fructificar, no dieron menos frutos ponzoñosos, origen de pérdidas lamentables y de dolores inconcebibles.

La Revelación divina es muy explícita, y excluye todo deslíz y todo error en lo tocante al punto esencial de la creación. En efecto, nos dice que Dios solo, por el poder de su palabra, crió el cielo y la tierra, la luz y los astros, el sol y la luna, los animales y las plantas, y en fin el hombre mismo. La revelación divina nada juzga efecto de la acción de las causas segundas *al principio del mundo*; y todo lo atribuye única y directamente á la acción de la Causa primera, á la voluntad y poder de Dios.

Pero esta narración tan sencilla, tan natural, tan lógica, no pudo satisfacer el gusto de ciertas inteligencias cristianas, á las cuales la filosofía pagana de que se habían saciado, había, como lo observa Tertuliano con respeto á ciertos doctos de su tiempo, dado fuertes indigestiones, en términos de producirles devaneos de cabeza y entorpecimiento cerebral.

No era el intento de los filósofos en cuestión atacar la re-



velacion cristiana, ni desquiciar la fe de los pueblos, ni perjudicar á la religion; pero ello es cierto que, sin intencion de su parte, llegaron á efectuar una y otra cosa.

Sin reparar siquiera que se ponian en oposicion flagrante con el espíritu y la letra de los Libros sagrados, quisieron explicar el origen del mundo por hipótesis mas ó menos temerarias, mas extravagantes, mas absurdas, en las cuales solo dejaron á Dios el cuidado de formar la materia primera; y despues confirieron á la materia el poder y la inteligencia de organizarse á sí misma, componer los cuerpos organizados, y llegar á ser Mundo.

6. Así segun Descartes, crió Dios una materia *homogénea*, que cortó en particulas muy ténues, si bien enteramente iguales; é, imprimiendo el Criador á estas mismas particulas un movimiento doble, las entregó á su propio impulso, dejólas arreglarse de por sí, y les abandonó el cuidado de dar realce y perfeccion á la obra divina. En efecto, estas mismas particulas, segun la teoria cartesiana, una vez en movimiento y agitadas en rápido torbellino, durante muchos siglos, en torno de su propio eje y de ciertos centros, á fuerza de chocarse al encontrarse unas contra otras, quebraron sus puntas y sus ángulos, y de cúbicas llegaron á ser esféricas; resultando de las raspaduras ó polvo desprendido por el choque, tres especies de materia: la primera muy sutil, llenó todo el espacio y produjo el sol y las estrellas; la segunda, algo grosera, la materia eteréa, formó el cielo; la tercera, y de todas la mas densa, formó la base de los planetas, de los cometas, de la tierra y de todos los cuerpos.

Pienso, hermanos míos, que, al oirme exponer tan extravagante sistema, creéis oír, mas que el fruto de la razon de un gran filósofo, los sueños incoherentes de un calenturiento, ó las visiones delirantes de un loco. Ahí teneis á un talento descomunal, á una rica inteligencia, que, por no querer ceñirse á la narracion bíblica sobre la creacion del mundo, se ve obligado á no dar tregua á su imaginacion hasta abortar semejantes desatinos, que teoria racional reputa, ofrece al mundo científico asombrado como obra maestra de concepcion de la razon humana (1).

(1) En una carta dirigida al gran obispo de Avranches, é insertada por el señor Cousin en sus *Fragments de filosofia* (t. II), dice el célebre doctor

¡O razon humana! ¡cuan pequeña, cuan flaca, cuan ciega eres, desde que te abandona la luz divina, ó bien cuando tu temeridad te impele á sustraerte de esta luz! Léjos de lo verdadero, solo encuentras lo falso; léjos de lo sólido lo vano; léjos de lo racional lo absurdo; y al querer parecer grave cuando sola eres impia, llegas á ser ridícula!

La teoria de Descartes fue sostenida por Gassendi, salvo que, segun este último filósofo, las particulas ó átomos en los cuales desmenuzó Dios la materia primera no eran iguales á las que admite en su teoria Descartes, sino diferentes por el tamaño, la forma y el movimiento; resultando de esta diferencia especifica de los átomos, la diversidad de los cuerpos del primer nacimiento. Lo cierto es que, segun Gassendi, los átomos tenian formas y por consiguiente partes; lo que no impidió á este fervoroso discípulo de Descartes de superar en lo absurdo á su propio maestro, al afirmar que los átomos, si bien compuestos de partes, eran simples é indivisibles.

No anduvo mas acertada la alta inteligencia de Newton. Al partir del mismo principio que Descartes esto es, al no contentarse con la historia sublime de la creacion tal como la trazaron los autores inspirados, Newton adoptó en todas sus consecuencias las extravagancias de Descartes. Solamente,

Menjot al hablar de la filosofia de Descartes: « Exige que su catecúmeno « empiece por perder el juicio; así se puede decir que la *casa de locos* « sirve de vestibulo á su filosofia que tanto ruido mete en el mundo. » En su misma carta nos hace saber el mismo doctor que: « Pascal despreciaba « la filosofia cartesiana, y que sus relaciones con muchos de los fautores de « esta filosofia no le impidieron burlarse abiertamente y calificarla con el « nombre de *novela de la naturaleza*. » Tambien es posible que á la misma filosofia cartesiana haya querido aludir Pascal cuando nos dice: « Burlarse « de toda filosofia, es verdaderamente filosofar. » Bien sabido es que Bossuet predijo que « una guerra porfiada se preparaba contra la Iglesia bajo « el nombre de filosofia cartesiana. » Igualmente consta que Fenelon, al paso que aparenta profesar ciertos principios de Descartes, concibió, como Bossuet, temores relativamente á las consecuencias de la filosofia cartesiana. Sabemos que Huet, en su *Censura philosophiæ cartesianæ*, hace la critica mas elegante, y al mismo tiempo mas sangrienta de esta filosofia. El mismo Arnauld nos dice que las cartas de Descartes « huelen á pelagianismo. » Por último, nadie ignora que el gran Leibnitz burlóse con mucha finura del *Cogito, ergo sum*, de Descartes. No puedo asociarme al juicio del doctor Menjot sobre este filósofo; pero lo que no puedo menos de decir es: que una filosofia contra la cual, en el fondo, inscribiéronse un Bossuet, un Fenelon, un Pascal, un Huet, un Arnauld, un Leibnitz, y los mayores varones del siglo décimo-séptimo, y que, lo que es mas, fue condenada en Roma, no puede ser adoptada sin temor por los católicos, ni alabada sin reserva.



para completar tan monstruoso aborto de la razon filosófica, supuso el filósofo inglés que las partículas de la materia primera eran móviles de por sí, sólidas, impenetrables, mas duras que los cuerpos mas duros que conocemos, y que, al formar las diferentes aglomeraciones de estas partículas los cuerpos celestes, produjeron una fuerza proporcionada á la masa: una *centripeta*, por la cual se atraen los planetas entre sí, en la direccion de sus centros; y otra *centrifuga*, la cual, al compelerlos á huir por la tangente, los retiene á una distancia respetuosa que no pueden exceder; resultando de la cooperacion de ambas estas fuerzas, que nunca se detienen en su movimiento.

Opinaba Leibnitz, cuyas ideas mas adelante adoptó y comentó Buffon, que la materia primitiva, la sola cosa que haya criado Dios, no era, en el principio, más que un hacinamiento enorme de átomos de fuego, indivisibles é impenetrables, concentrados en el sol. Pero sucedió un día que un cometa, acudiendo nadie sabe de donde, choca oblicuamente y con inmensa violencia con el sol, despega la seiscientos cincuentésima parte de su sustancia, y con este fragmento fórmanse los planetas y la tierra. Sin embargo, la tierra primitiva, que denomina *protogea* el Platon del norte, era tan solo un cuerpo ardiente, el cual, despues de haber consumido toda la materia combustible que en sí mismo contenia, llegó á ser opaco, y toda su superficie se volvió de cristal. Al mismo tiempo toda la humedad que de la tierra se habia desprendido y trocádose en vapor, cayó en lluvia densísima á manera de torrentes, lluvia que, rompiendo en su violencia la superficie cristalina de nuestro globo, penetró en sus entrañas, volvió fecundo nuestro planeta y formó los cuerpos que se hallan en su superficie. Pero no hay que olvidar que estos cuerpos constan únicamente de átomos indivisibles, que carecen de partes, y que por efecto de la doble fuerza newtoniana de atracción y repulsion de que están dotados, se mantienen á cierta distancia unos de otros y forman un todo continuo. Por consiguiente, este todo continuo, añade el padre Boskowiek, es una mera apariencia, pues nada es realmente continuo en la naturaleza; y por consiguiente los cuerpos no pasan de fenómenos fantasmagóricos, de vanas illusiones.

Semejantes hipótesis parecieron á Malebranche tan injuriosas á la accion creatriz de Dios, como soberanamente ineptas y ridículas. Para compensar la causa primera, de la injusticia con la cual Descartes, Newton y Leibnitz la habian tratado concediéndole únicamente la creacion de la materia inerte, y atribuyendo á causas segundas la formacion de los cuerpos; Malebranche sostuvo al contrario que no solamente es Dios el que todo lo hizo, y que nada produjeron las causas segundas *en el origen del mundo*, sino tambien que Dios solo es el que continua haciéndolo todo, siempre y por do quier; que las causas segundas no son mas que *ocasiones* de la accion de la causa primera, y que ningun papel verdadero hacen en la reproduccion y conservacion de los seres. De modo que, segun Malebranche, no es el agua la que refresca, ni el fuego el que quema, ni la luz la que alumbra, ni los manjares los que alimentan, ni el cuchillo el que corta; sino Dios el que directamente refresca en *la ocasion* del agua, quema en *la ocasion* del fuego, alimenta en *la ocasion* de los manjares; corta los cuerpos en *la ocasion* del cuchillo. Y, como los sentidos dan testimonio, y la humanidad entera cree que las causas segundas obran en realidad por sí mismas, Malebranche se ve obligado á admitir que los sentidos nos engañan continuamente, y que la humanidad entera se ha engañado sin cesar y sin cesar se engaña, al reconocer una accion propia á los seres criados; esto es, que la materia carece de ser real, que los cuerpos son meras apariencias, que el mundo es una lanterna mágica en que todo es ilusion; y, por estos principios, sin intencion de su parte, Malebranche evocó el espectro del idealismo y del escepticismo.

Escusado juzgo, hermanos míos, exponeros el sistema de Valerio de Suecia, el cual admite que el fuego y el agua proceden de la luz combinada con la materia; y, que del agua trasformada, procedieron la tierra y el aire, como igualmente todos los sólidos cuya base es el agua. Tampoco os fastidiaré con la exposicion de los sistemas de Stahl, Crawford, Cheele, Wiston, Burnet; que se afanaron cada uno á su manera, en explicar la formacion de los cuerpos primitivos, y la causa de la fecundidad de la tierra. Se puede conjeturar, sin el menor escrúpulo, que estos filósofos de segunda esfera,



no debieron ser mas felices en la explicacion de fenómenos en que habia naufragado miserablemente el genio de Descartes, Newton y Leibnitz.

7. Lo que nos importa sobre todo demostrar en esta conferencia, es que todo esto no era mas que la restauracion de los sistemas de los filósofos del paganismo sobre el origen de las cosas; la restauracion de las ideas groseras de Tales, de Ferécides, Heráclito, Hipan, Anaximandro, Empédocles, Pitágoras, y sobre todo la restauracion de la filosofía atómica de Demócrito, Leucipo y Epicuro. Y, para que no quepa duda acerca de la verdadera paternidad de semejantes abortos, hubo, en el siglo décimo-séptimo, un indigno sacerdote llamado Pedro Gassendi, el cual, en su vida de Epicuro, tuvo el triste valor de presentar al mundo cristiano como un santo á ese hombre voluptuoso que consideraba el mundo pagano como un malvado afrentoso, y ofrecer á la admiracion de los modernos como antorcha de la filosofía á ese espíritu ignorante, chabacano, grosero, considerado por la antigüedad por el mas necio y estúpido de todos los filósofos (1), cuya celebri-

(1) En la obra de Ciceron *Sobre de la Naturaleza de los dioses*, léese este pasaje sobre la groseria de espíritu de Epicuro, ó ignorancia profunda de toda doctrina filosófica: « Cuando un arúspice, dice á Veleyo el epicúreo el estóico Balbo; cuando un arúspice se encuentra cara á cara con otro arúspice, y se miran ambos de hito en hito, es imposible que no se rian uno de otro. Pues bien, aun mas imposible creo que vosotros los epicúreos no riais cuando platicais entre vosotros de la doctrina de vuestro maestro: ¿ Qué significan estas palabras de Epicuro: « En Dios no hay cuerpo, sino casi un cuerpo? » Este lenguaje seria para mí comprensible si se tratase de una estatua de barro; pues esta no tiene un cuerpo verdadero y solo posee la ficcion y apariencia de un cuerpo. Pero, al tratarse de Dios, confieso que no puedo comprender como no tendria un cuerpo, sino *casi un cuerpo*; como no tendria sangre, sino *sasi sangre*. Y tu Veleyo, tan imposibilitado te hallas para comprenderlo como yo, con sola la diferencia que no te atreves á confesarlo. Así os ceñis los epicúreos á repetir las sandeces de vuestro maestro, como oráculos en los cuales no acertais á comprender cosa alguna. En cuanto al mismo Epicuro, se glorifica, en un momento de halucinacion á lo que creo, y sin saber lo que dice, de no haber tenido maestro alguno en su vida; particularidad que inútil de su parte hubiera sido el declararnosla, pues harto la aeróbítan sus escritos independientemente de su confesion. ¿ Acaso se glorifica el dueño de un edificio de haber prescindido de arquitecto en su construccion? ¿ No basta y sobra para convencerse de esta verdad una mirada en el edificio? En los escritos de Epicuro, no hay la menor dosis de la ciencia de la Academia, de la ciencia del Liceo; NI MENOS LA MENOR DOSIS DE LOS CONOCIMIENTOS ELEMENTALES PROPIOS DE LOS NIÑOS: *Mirabile videtur, quod non rideat haruspex, cum haruspicem viderit. Hoc mirabilius, quod vos inter vos risum tenere possitis. Non est corpus, sed*

dad estriba en la impiedad de su doctrina, en la cobardía de su carácter y en la vergüenza de su vida.

Pero lo mas extraordinario en esta extraña apología, que de uno de los mayores impíos del paganismo osó publicar un sacerdote católico, es que esta misma apología, que escándalo hubieran reputado los sabios de la antigüedad, fue acogida, en el siglo décimo-séptimo, con entusiasmos por los pueblos cristianos. Sin embargo, este último hecho, por mas extraordinario que parezca, era á lo menos lógico. Como el sistema de los átomos de Epicuro, diferentemente modificado, formaba la base de la ciencia física en el siglo décimo-séptimo, era natural que justo y racional encontrasen los sabios el panegírico de su autor.

Ello es cierto que toda esta filosofía nueva no era en sustancia mas que la rehabilitacion, en principio y en gérmen, del dualismo, panteísmo y ateísmo; de esos tres vastos sistemas de errores y de sus consecuencias lógicas, necesarias, funestas, esto es, del *idealismo*, del *materialismo*, del *fatalismo*, del *racionalismo*, del *comunismo*, del *scepticismo*, que la

*quasi corpus. Hoc intelligerem, quale esset, si id in certis fingeretur, aut fictilibus figuris. In Deo quid quasi corpus, aut quasi sanguis, intelligere non possum. Ne tu quidem, Vellei; sed non vis fateri. Ista enim a vobis quasi dictata redduntur: quæ Epicurus oscitans hallucinatus est, cum quidem gloriaretur, ut videmus in scriptis, se magistrum habuisse nullum. Quod et non predicanti tamen facile quidem crederem: sicut mali ædificii domino glorianti, se architectum non habuisse. Nihil enim olet ex Academia, nihil ex Lyceo, nihil e puerilibus quidem disciplinis.*

En cuanto á la moral de Epicuro, oigamos lo que, en el mismo pasaje, vitupera Balbo á Veleyo: « ¿ Qué bienes son esos de que habla Epicuro? No hay medio de engañarse: son los goces de los deleites que tienen por objeto el cuerpo; pues vosotros los epicúreos, aun cuando hablais de los *placeres del alma*, no teneis presente mas que los deleites que empiezan por el cuerpo y al cuerpo vuelven. Y, ya que insistes con tanto ahinco, querido Veleyo, sobre esta moral del maestro, te diré que parece que has abjurado ese resto de pudor que aun conservan los otros epicúreos, y les obliga á avergonzarse de estos pasajes del maestro, en los cuales afirma, sin ambigüedad, que el bien reside completa y únicamente en la lubricidad, en lo esmerado de los deleites obscenos, cuya enumeracion ofree, llamándolos por sus nombres, sin asomo de recato ni comedimiento: *Quorum tandem bonorum? Voluptatum: credo; nempe ad corpus pertinentium. Nullum enim novistis, nisi profectam a corpore et redeuntem ad corpus, animi voluptatem. Non arbitror te, Vellei, similem esse Epicureorum reliquorum: quos pudeat earum Epicuri vocum, quibus ille testatur, se ne intelligere quidem ullum bonum, quod sit se junctum a delicatis et obscænis voluptatibus: quas quidem non erubescens persequitur omnes nominatim.*



razon filosófica antigua habia deducido de la negacion del dogma de la creacion.

8. Dichosamente que, al lado de esta escuela de filosofia enteramente pagana, por sus principios, método y consecuencias, existia otra escuela de filosofia enteramente católica, cuyas columnas y gloria eran Bossuet, Fénelon, Huet, Pascal y el mismo Malebranche á pesar de sus halucinaciones y errores. Las funestas tendencias de las doctrinas de la otra escuela, que parecian prescindir de la revelacion en lo relativo al origen del mundo, no pudieron escapar al esclarecido zelo de tan culminantes ingenios; y, para neutralizar la irrupeion de estas tendencias que todo lo amenazaban, publicó Huet su CENSURA DE LA FILOSOFÍA CARTESIANA (*Censura philosophiæ cartesianæ*), y Pascal escribió sus *Pensamientos*.

Pero la doble palma del combate estaba reservada á los dos mayores ingenios de la Francia moderna, Bossuet y Fénelon, que descollaron en la pelea por su noble vigor y éxito brillante. Siguiendo la senda abierta por Lactancio, compuso el *Angel de Cambrai* su admirable *Tratado de la existencia de Dios*; y, lanzándose en la carrera abierta por San Agustin, dictó el *Aguila de Meaux* su inmortal *Discurso sobre la historia universal*.

¡O tratado! ¡ó discurso! ¡ó producciones únicas! ¡qué profundidad de ideas! ¡qué fuerza de dialéctica! ¡qué forma dominante de discusion! ¡qué originalidad en la marcha! ¡qué elevacion de lenguaje! ¡qué magia de estilo! Jamás, en lengua alguna, vio la luz obra iguales; jamás producciones modernas pudieron compararse á obras tan estupendas. Los Griegos hubieran llamado divinas á obras semejantes. Los escritos del divino Platon, del divino Aristóteles, del divino Ciceron, los mayores ingenios del mundo pagano, no pasan de débiles vislumbres, y estoy por decir de juegos de niños al lado de estas dos obras maestras de los mayores ingenios del mundo cristiano moderno.

Ambas son producciones dictadas por el mas sublime ingenio. Una reduce en silencio al *dualista*, al *panteista*, al *ateo*, que niegan el dogma de la creacion; la otra derriba al *deista* que niega la fe en la Providencia. Bossuet nos muestra á Dios formando el universo por el solo poder de su palabra; Féne-

lon nos revela á Dios gobernando este mismo universo por los consejos de su sabiduría, por las manifestaciones de su bondad. La obra de aquel es el libro mas completo de la filosofia de la historia, la de este es la historia completa de las divagaciones de la falsa filosofia.

Ambas son producciones admirables. En ambas vemos efectivamente la razon mas elevada caminando en compañía de la fe mas humilde la verdadera ciencia esparciendo por doquier las luces que deriva del foco de la religion verdadera; la razon católica ostentándose en toda su fuerza, en toda su grandeza, en toda su majestad, y elevándose á su mayor altura desde San Agustin y Santo Tomás; la vemos pulverizando las miserias, el vacío, la nada, los sofismas, las sandeces de la razon filosófica; anonadando esta misma razon con todo el peso de su superioridad, y haciéndola expirar á sus piés de rabia, de vergüenza y confusion.

Ambas son producciones singulares, y de género diferente. Una arrebatada por la elevacion del pensamiento, la otra por la fuerza del discurso; la obra de Bossuet por los rayos de luz que destella, la de Fénelon por los tesoros de sentimiento; aquella se dirige al espíritu, esta al corazón; la primera conmueve iluminando, la segunda ilumina conmoviendo; y, sin embargo, vaciadas ambas en el molde del genio, ambas tienden al mismo fin, ambas se completan reciprocamente, y ambas presentan en su conjunto la historia acabada del SER INFINITO y de su esencia, de sus atributos y operaciones; del mundo, su origen y su fin; del hombre y de su naturaleza, sus facultades y su destinacion.

Ambas son las producciones mas útiles, mas importantes, mas necesarias; las que menos deben apartarse de la vista en presencia de la desfachatez filosófica de nuestros dias. Yo quisiera verlas ambas reunidas y reimpresas en todas las bibliotecas de familia, y en la mano de jóvenes de ambos sexos; pues estas dos obras contienen la metafisica mas elevada al alcance de todo el mundo, y ofrecen el curso mas perfecto de filosofia, capaz de elevar la razon por la fe, afianzar la fe por la razon, reformar al verdadero filósofo sin perjuicio del verdadero cristiano; y aptas son ambas para reemplazar esos pretendidos cursos filosóficos en que todo se encuentra salvo filoso-



fía, y que, después de haber demolido toda fe en las jóvenes inteligencias, acaban por disipar toda ciencia y razón.

Franceses, nunca cabrá exceso al engreiros por haber producido esos dos monumentos de la ciencia y la fe de vuestros padres, que, en nombre de la Italia os envidiaría, si pudiese haber envidia entre la Italia y la Francia, dos naciones hermanas, hijas de la misma madre, la Iglesia; y unidas entre sí por la comunidad de la misma gloria, de los mismos intereses, de la misma destinación.

Pero la filosofía moderna, vástago triste del pensar pagano, había sido desgraciadamente acogida con gran entusiasmo, y habíase arraigado en demasía en los ánimos, para poder ser detenida en su funesto incremento por ambas estas producciones inmortales, por esa doble y magnífica irradiación del pensamiento cristiano. Así, á pesar de las intenciones de sus autores, no dejó de continuar sus estragos la razón filosófica hasta nuestros días, estragos que vamos á describir en nuestra segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

Me complazco en repetirlo: los filósofos del siglo décimono que habían procurado explicar el origen del mundo por las hipótesis tan ridículas como absurdas que acabo de exponer, eran, salvo pocas excepciones, cristianos; y seguramente no querían las consecuencias de los principios que establecían, no sospechando seguramente las horribles consecuencias que cobijaban estos mismos principios. Habiendo dejado á Dios al frente de lo criado, creían haber respetado suficientemente la revelación. Según ellos, la materia primera debía

(1) Con respeto á la Iglesia oigamos las palabras de Descartes: « Por nada quisiera que saliese de mí un discurso en que se hallase la menor palabra que pudiese ser desaprobada por la Iglesia... Bien me consta que todo lo que han decidido los inquisidores de Roma, no es por el hecho mismo un artículo de fe, y que necesaria es la intervención del concilio. Pero el amor que por mis pensamientos tengo, no es bastante grande para inducirme á querer servirme de tales excepciones para tener el medio de mantenerlos. » (*Carta al P. MERSENNE*; Obras, Paris, 1824, t. V, pág. 258, 259, 245.)

su existencia á la palabra omnipotente de Dios; pero esta misma materia una vez criada, había formado por sí misma todos los cuerpos. Mas esto era conceder nada ó casi nada á la operación creatriz; era negar esta operación en el momento mismo en que parecía admitirse, pues reconocer una materia que se había *organizado por sí misma*, era adoptar una materia que podía *existir por sí misma*. Bastaba un poco de lógica, un poco de consecuencia, para ver reaparecer, al instante mismo, y en toda su horrorosa deformidad, todos los antiguos sistemas del error sobre la formación del mundo, diciendo: « Aquí estamos. » Así el nombre de Dios, al frente de las hipótesis imaginadas por los filósofos de la escuela naturalista del siglo décimo-séptimo, no era mas que una cruz plantada en el lodo. No había mas que quitar la cruz, y solo quedaba el lodo.

Tal fue lo que se propuso la filosofía del siglo décimo-octavo, á la cual por consiguiente la filosofía del siglo décimo-séptimo surtió de materiales, abrió la puerta, y sirvió de recomendación y prólogo.

Viose en efecto, en esta época funesta de todas las aberraciones y locuras del espíritu humano, profesar la filosofía cristiana, en medio de las poblaciones cristianas, con una desvergüenza sin igual, con espantoso cinismo, todos los sistemas paganos relativos al origen del mundo. A la faz del mundo, osaron ciertos hombres de talento declararse maniqueos, panteístas, materialistas, idealistas, fatalistas, escépticos y aun francamente ateos. Pero, en el caos de tantos principios absurdos, de tantas doctrinas contradictorias, es fácil notar que todos estos principios proceden del mismo error, que todos están de acuerdo en negar, en combatir el dogma de la creación que habían tan solo sacudido sus antepasados.

10. Lo mismo sucede con la razón filosófica de nuestros días, con la diferencia que ha formulado en principios, reducido en sistemas mas metódicos, y erigido en ciencia absoluta todos los antiguos errores.

El universo, dice uno de estos ilusos que blasonan del título de *reformadores*, el universo es una gran gerarquía de animales. La tierra es el animal inmediatamente superior á nosotros, por el cual dependemos de Dios. En ella y en torno